

EL FIGARO

Tomo I

SAN SALVADOR, DOMINGO 2 DE DICIEMBRE DE 1894

Num. 7

REDACTORES Y PROPIETARIOS:

ARTURO A. AMADOR

VICTOR JERÓN

ANTONIO SOLÓRZANO

SECRETARIO DE REDACCIÓN:

ISAÍAS GAMBOA

OFICINA:

10^a Avenida Sur—Nº 93.

EL FIGARO

Periodico Literario

Se publica todos los domingos por la mañana.

Valor de suscripción, por mes, \$7.50 centavos.

Número suelto, un real.

Número extraordinario, 25 centavos.

Centro-América y exterior, por semestre, \$4.00.

Los recibos de la capital se retirarán después de vencido el mes.

La administración queda de hoy en adelante, a cargo de la Redacción.

La colaboración para "EL FIGARO" será recibida por la Redacción.

Los dibujos como se deservieren o iguales.

MEDALLONES

MARIA DELGADO

Bella niña, fresca rosa,
Bor de alva, primorosa
gentil hula, del ensueño
blanca flor.....!

Para María parece legítima esta primorosa estrofa. Alguien, un poeta que yo no sé, la dejó escrita en alto y virgenio pétalo de un lirio. En mi mente volaba inquieta, como libélula tornasol, y hoy, libre, sale a volar, en busca de una rosa que le dé hospedaje, pues ya la noche llega pronta. Vuela, pobre libélula, flor alada, a los rojos labios de María, húmedos frescos primaverales, capullos de rosa nueva, pétalos de crisantemo rosado, y muere abrazada en esa hoguera.....

La he visto pasar y he rindido parias a su gentileza. María es un fresco capullo, que pugna por ser rosa, el tembloroso amanecer de un radioso día primaveral.

El paje gentil del amor no ha llevado aún a su ventana el ramo de margaritas, ni ceñido a su frente la diadema de la preferida. Sobre su cabeza, llena de ensueños y deseos en crisálidas, bate sus alas el angel guardador de los niños.

Es ésta una pequeña medalla, un perfil rápido. Esta amable sección de "El Figaro" aparecería incompleta sin encerrar este boceto que de obligación debe ocupar uno de los puestos primeros.

María, lo he dicho ya, es aún niña, aún sobre su frente se conserva intacta la huella, que dejará el beso que dá la Virgen María a toda pequeña, la día en que el sacerdote unge el labio con la sal tradicional, que es el germen de la gracia. Y ya, tan luego, se le rinden parias como a una reina.

María ha nacido para ser reina, reina de belleza, que ejerciera la dictadura. Yo no abogo como el galante Duque Job por "el gobierno de la hermosura, ejercido por todas las hermosas". No. Yo quiero el gobierno de la hermosura ejercido por una sola, la mas hermosa entre todas las hermosas. Mi candidato es María. Debe ella ser la dictadora. Debe ella, sentarse en el trono, aclamada por las multitudes, é imperar a su antojo. Me someteré gustoso a yugo despótico.

Su rosado cutis lo acaricia el aura tenue, sutil, de un abril inmarcescible. Es el suyo un cutis tan rosado, que sin exageración ninguna, la rosa que lo ve, se muere de celos. ¡Ay de la que inocente se hinea alguna vez, en su corpino! De cerca la deslumbra la visión.

Su labio es rojo y fresco, labio de rosa, labio de granada enfermiza, que desgranaban los dedos temblorosos de una desposada.

Sus ojos negros, un madrigal en acción. Un idilio que quiere volar y no puede, por qué no le han nacido alas aún, es su mirada.

Su cuerpo es prodigio en germen. Palpita en él la estrofa de amor de las curvas fugitivas, riman las líneas tímidas. Es una estatua, que aún no ha surgido del todo, pura y radiosa, apacible y subyugadora. Pígameón aún no ha pasado en aquel mármol rosado y palpitante en beso que da la vida.

¡Salve María! Salve adorable reina *mignon*, hermana de las flores! ¡Que el hada Felicita, eternamente bata sus alas sobre tu frente y que eternamente se conserven frescos é intactos los azahares de tu guirnalda de Diana adolescente!

Conde Pañi.

Pasionaria

¡Quieren que muera mi ilusión bendita,
Esta flor que he regado con mis lágrimas!
¡Encadenar de mi pasión la ola
Que me lleva hacia ti, mi dulce amada!

Nunca será!—Dios puso al Océano
Un límite en la arena de la playa;
La ola del alma llega, lucha, crece,
Sube hasta el muro, sálvalo... y avanza!

ISAIAS GAMBOA

San Salvador, 1894.

Por los niños

Estamos en plena época de exámenes. Hoy es el tiempo del movimiento en los hogares y todo ¿por qué? en favor de los lindos pequesitos por quienes tanto nos apenamos.

Los niños hacen que sus papás se conviertan en trabajadores, que den al olvido todo lo que no sea por ellos. Verdad es que también no hay mayor delicia que tomar en brazos uno de estos juguetitos, sentir el suave murmullo de su respiración, mirar al traves del vestido blanco la carne sonrosada, donde dejan las nubes sus colores y la primavera sus perfumes.

Por ahí viene ese princesito de pelo rubio y de labios rojos como flor de granado, se acerca al escritorio y vuelca el tintero; pero ¿quién podrá castigarlo? Se queda gozando con su travesura, porque la hermosa mamá jamás tendría valor para hacerlo y el bonachón del papá se hace el distraído.

¡Cala! erito, le digo yo, rompa U. todo lo que esté á su alcance, y donde no pueda llegar por su estatura, tome una silla, súbase á ella y destróe cuanto encuentre.

Los niños sienten un impulso de poner en ejercicio su actividad. No se debe castigarlos. Nadie juzga que merecen castigo las mariposas que dañan las flores, ni las aves que arrancan los frutos.

Victor Hugo habló del derecho del niño, pues bien, ese derecho no es solo para que lo enseñen á leer, es para que se le permita todo; pero todo, siempre que no dañe su salud.

Entre ese derecho que dió el gran anciano, autor del *Arte de ser abuelo*, creo que va también el derecho á que se promueva el esfuerzo de los pequeños.

Hoy he visto con tristeza que los niños, el día de la distribución de certificados, van con un papel en que constan las calificaciones que han obtenido durante el año.

Una espiritual amiga me decía en vez pasada: ¡que tristes están los niños! En verdad, señora, aquella tristeza tenía su razón.

Aquel papel nada vale para la graciosa niña de cinco años, ni para el guapo mozo de seis años.

De aquí á muchos años ellos sabrán lo que vale. Es cierto. Pero ahora no se puede conformarlos con papel. Una caja de confites la estiman más que todas las notas buenas que acumule el profesor.

Por ahí hay una ley que así lo manda. Pues bien, voy á recoger todas las firmas de los *hijos*, para que deroguen esa ley.

Puck, el rapazuelo encantador, quedará encargado de redactar una petición en toda forma.

Entiéndase que el ataque será contra los Señores Diputados. A ellos se les dirá que echen al olvido esa ley injusta.

Pocas cosas agradan más á los niños que recibir su premio el día del examen; pero siempre que sea un hermoso muñeco, una cajita de dulces, en fin, algo que sea menos serio que el pedazo de cartulina con letras doradas.

El sentido práctico se impone hasta en los niños. No gustan de palabrotas que no entienden.

Estoy que me muero del deseo de ver en el salón de la Asamblea todo el hermoso conjunto de los niños, que llegarán á pedir que se les den premios en vez de papeles. Los padres de la patria se verán en dificultades para mantener el orden y permanecer serios, como legisladores griegos.

Creo que los niños serán oídos y atendidos, que ellos saben gritar que es un contento.

Y si los Diputados niegan la petición? Entonces quedarán fuera de la ley del amor filial y se les dedicará Diputados de mármol.

LOUENGER.

Caléndulas

CRISTINA

La he visto en el lecho de muerte, agostada, pálida, vagarosa la mirada, espejantes los ojos, abierta la boquita y marchitos los labios; la he visto en las ansias postreras, en la lucha desesperante en que el alma, como pájaro prisionero, forcegea por dejar la jaula y emprender un largo y libre viaje al cielo; la he visto, muerta, tendida en un blanco catafalco, toda cubierta de flores frescas, de blancas rosas y la sien ceñida por una guirnalda de amapolas, como una gentil desposada; todo eso lo he visto acongojado, á través de mis lágrimas y no lo creo aún, no me convence todavía de que ella, mi adorada hermanita, haya muerto.

No. Eso es terrible. Me forma el ideal de que ella vive; de que ella corretea por el patio riéndose y gritando, jugando á las muñecas con sus hermanitas. Pienso que llega á mí y me pide dulces: que á la hora de sentarse á la me-

sa, á la hora en que papá nos llama, llega también ella y come rápidamente, como si alguien la esperase, toma su vaso de vino mezclado con agua y se va otra vez, á continuar jugando, á charlar de una manera graciosa é indescifrable, con sus muñecas. Pero no. Es cierto. Cristina se ha ido, Cristina se ha muerto. Se ha ido al cielo. Se la llevaron los ángeles. ¡Oh!—¿Por qué arrebatarnos un rayo de sol al hogar? ¿Por qué apagar, tan de brusco é inesperadamente, esa alegría? Cristina ha muerto. Me lo dicen, á voces, el rostro compungido de papá, los ojos, todavía húmedos de lágrimas, de mamá, la falta de risas y gritos de mis hermanitos que aun no comprenden lo que es morir y á cada momento preguntan, ¡inocentes!, qué se ha hecho Tina, dónde está, por qué la pusieron en esa blanca caja, cubierta toda de rosas blancas también; y ese grupo de señores y amigos la sacaron de casa, mientras todos llorábamos! Eso me apena más. No sé qué contestarles. Ante todo á Fidelina, que comienza hoy á hablar, torpemente, como pájaro tierno que comenzase á volar. En su divino idioma pregunta por ella:—¿Dónde está?—Y yo tengo que contestarle: “¡Volverá luego y te traerá una muñeca. Se ha ido á una fiesta!” Y ella se sonríe, mientras de mis ojos sale una lágrima que se desliza por mis mejillas. No, Fidelina, Cristinita está en el cielo. El grupo de amigos que sacaron el blanco ataúd, lo llevaron al cementerio, á ese lugar que tú no conoces y donde llevan á los muertos. Yo lo vi todo. El nicho estaba abierto, metieron dentro el ataúd y se vaciaron encima todas las flores que teníamos, y luego..... ¡Eso fue lo más triste! Un sepulturero echó paladas de tierra hasta cubrir el ataúd, hasta ponerlo todo á un solo nivel. Allí está Cristina, en el cementerio, bajo la tierra. Se ha ido pero asistirá á una alegre fiesta en el paraíso, pero no volverá ya, nunca más. No la besaremos ya, ni le daré dulces ni juguetes. Fidelina, sábelo: Cristina ha muerto; se la han llevado los ángeles al cielo por que la Virgen la llama. De allí no se vuelve ya.

He visto “El Figaro”, querido y amable Lohengrín, y tu precioso artículo “De Blanco” me ha conmovido. Tuve para tu prosa, la ofrenda modesta, pero sincera, de mis lágrimas.

Tu artículo ha despertado, aún más el sentimiento. Lo leí, nublados los ojos de lágrimas, y cuando concluí, el pañuelo estaba en papado. ¿Quería yo tanto á Cristina y es tan duro pensar que ella ha muerto!

Gracias, Lohengrín; gracias, amable compañero.

Tus margaritas, ese ramo de inmortales, frescas, llenas de rocío, que tú colocas sobre la tierra recién removida de su sepulcro, lo alzaremos nosotros con cariño. Lo comprendo bien: nace del más puro afecto, de la más franca amistad.

Gracias, hermano mío.

Tu pena nos servirá de consuelo. No sólo para los hermanos suyos, no sólo ellos, sus pa-

dres, tienen guardado en el corazón esa imagen, llevan por siempre ese nombre en la memoria. Hay corazones buenos, almas sensibles de amigos que nos acompañan, y de esos eres tú.

La conociste. Más de alguna vez tu mano acarició la cabellera negra y rizada, las mejillas de la morenita que hoy lloramos.

Lohengrín: en tu artículo hay una frase delicada, que salta picaresca, de entre las otras: la recuerdo porque la llevo grabada en el corazón: “No iba muerta. Tan solo estaba dormida: La inocencia no muere.....” ¡Oh, amigo! Así lo creo yo. Es un despotismo de Dios el arrebatarnos un niño á un hogar. Arrebatarnos á un niño, dejar vacía una cuna, dejar huérfanas á unas cuantas muñecas que sienten la nostalgia del juego y de su charla alborotada, es un crimen. En el dolor que me causa la muerte de Cristina lo digo, pero á esas frases las considero como blasfemas. No. Dios es demasiado bueno y si del hogar quita un niño, como se apaga un cirio, como se muere una rosa, como agoniza un pájaro enfermo, lo juzga él, poderoso y enormemente sabio, quizá conveniente.

Tú, amigo, lo has dicho ya: “Hay honda melancolía en esto de esperar el mañana!” Ante ese misterio, ante ese velo intrasparente á nuestros ojos, hay que pararse y cruzarse de brazos. Ese “mañana” muere, como sierpe, el alma. Produce dolores, que mueren dentro y no brotan fuera.

Nos queda, ¡Dios mío! el consuelo. Hay que conformarse. Nos queda el recuerdo. Hay que figurarse que Cristina no ha muerto, que vive aún, que pide aún dulces y que rompe sus muñecas, para que le compremos otras.

Seguiremos tu consejo, Lohengrín. Le enviaremos á su tumba, dulces todos los días de fiesta, juguetes el día de Navidad y todas las mañanas, cestos rebosantes de flores húmedas.

Sólo tenemos un pesar. Al cerrar, para no abrir más el ataúd, se nos olvidó poner dentro, entre sus brazos, en su regazo, su muñeca predilecta. Debe estar por eso, triste; pero yo creo que no, la Virgen María es muy buena y al verla llorar le habrá dado otra mejor aún, una hermosa de porcelana rosada, que diga ¡mamá!.....¡papá!..... La suya, la que la acompañó en sus juegos, nos queda á nosotros. Mamá la guarda, como una reliquia valiosa. Cuando la veo, cerrados los ojos, entreabiertos los labios, con su traje abigarrado y sus pies diminutos calzados de seda, en el fondo de la gajeta de un armario, una lágrima brota de mis ojos y ese día, al avivarse la hoguera de ese santo recuerdo, paso triste, meditabundo, y no siento ganas, ni siquiera, de tomar la pluma para trabajar.

Gracias, Lohengrín, mil gracias en nombre mío y en el de papá, mamá y demás hermanos. Si! Vaya entre esas gracias numerosas y leales una que te doy: las de Cristina, que te las manda desde el cielo.

ARTURO AMBROGI

Aurora

(EN UN ALBU)

El alba despertó . . . De pompa henchido
Desplegó el sol su manto de colores,
Y fue en el verde bosque cada nido
Jaula feliz de alados trovadores.

Hubo en el prado rica floressencia,
Zumbar de insectos y fulgor de llama;
Fue cada flor una ánfora de esencia
Y un bicaro de flores cada rama.

Bajo dosel de entretejidas frondas,
Rizó sus linfas la dormida fuente;
Y ufana alzóse, en impalpables ondas,
Brisa fugaz que embalsamó el ambiente.

Preludió el bosque un himno de alegría,
Y bajo el dombo de la azul esfera,
Fue derramando, llenos de ambrosía,
Sus ósculos de amor la Primavera.

Así, cuando á la vista despertaron
De luz radiantes tus pupilas bellas,
Con infinito gozo palpitaron
Aves y aromas, céfiros y estrellas.

Y fue tal la atracción de tu mirada
Y el brillo de tu gracia seductora,
Que del alba sonriente y nacarada
Emula fuiste, y te llamaste AURORA!

ALFONSO DIAZ GUERRA

1894.

Vida de Artista

(BOCETO)

Tres días no más hacía que estaba en París y aun no me encontraba libre del peso de las fatigas que siempre produce un largo viaje, cuando una mañana gris y opaca, como son allá las mañanas de invierno, fui despertado por un criado que me anunciaba que una persona deseaba verme. Era el Conde Paúl, mi buen amigo y compatriota que venía en mi busca con el único objeto de que saliéramos juntos á dar un largo paseo por el ruidoso Barrio latino para que yo como recién llegado, conociera los rigores del invierno y los estragos que éste hace en la gran capital.

Entre amena y chispeante plática pasaron diez minutos en cuyo tiempo hubiera yo concluido mi toilette, bajamos las escaleras, y envueltos en nuestros anchos y espesos sobretodos, salimos á la calle en busca de un carruaje. Tomado que hubimos una americana, mi amigo me habló de esa nieve que tras los cristales veíamos como

lluvia de azahares, me hablaba de las bellezas del invierno, y me decía que él debió haber nacido en una noche del invierno, mientras la nieve golpeaba cadencias en los cristales del balcón; que hacer la nieve para él era mejor que pisar los alfombrados salones parisienses. Mas de pronto se calló y, tocándose ligeramente el hombro, me dijo:

¿Quieres conocer á la Melba?

Casualmente estoy yo solo invitado á almorzar con ella. Iremos. Te presentará como un admirador y todo quedará arreglado.

Yo accedí. De oídas admiraba á la Melba. Las crónicas, leídas desde lejos, me hacían verla como una diosa.

¡Almorzar con ella! ¡Charlar amigablemente

Entre tanto el carruaje marchaba en dirección al *faubourg* de los Italianos donde la actriz vivía. Paróse delante un suntuoso hotel de fachada elegantísima. El portero nos anunció al señor del segundo piso, al que subimos por una elegante escalinata de mármol blanco. Ya arriba, el alfiler nos hizo atravesar á lo largo un corredor, tapizadas sus paredes de ricos tapetes y valiosos cuadros, pavimento cubierto de alfombras espesas que apagaban el ruido de las pisadas y nos hizo entrar en un elegante y anchuroso salón que estaba artísticamente decorado. Sus tapices eran ricas telas de Persia; sus alfombras eran salidas de las fábricas reales de Damasco. Junto á un sofá de color de oro había extendida la soberbia piel de un tigre de Bengala. En una de las esquinas del salón distinguíase, sobre su tripode de bronce, un precioso grupo fundido en platina que era para una artista como un ideal y que representaba una rama y una rama de laurel exquisitamente entrelazados (la sublime unión del arte y de la gloria), y de rojo cordón de seda pendía una pequeña tarjeta que en azules caracteres lucía el escudo y el nombre de S. A. R. el príncipe Jorge de Gales.

Regados en desorden artístico había multitud de objetos de orfentería, jarrones de porcelana del Japón y China, grupos de bronce y mármol, porcelanas de Sevres, etc.; aquí, allá, tapizando las paredes, valiosos cuadros de pintores ilustres, y al frente sobre la vidriera, que cubierta de espesa manta bordada daba paso á la antesala, se destacaba dentro de un marco viselado la imagen de la artista, debida al hechicero pintor Durán. El mobiliario era suntuoso. En primer término, los anchos cortinajes de Damasco velados por finísimo tul de Escocia y que pendían de graciosas galeas, sofás y sillones de flamante *plush* color granate, en armonía con el tapiz y los cortinajes; mesas de mármol ovaladas, cubiertas de miles de preciosos objetos; en una esquina un piano de Ebaus mostraba riente su teclado de marfil, mientras que en el atril cercano estaba abierta la partidura de Wagner. Todo hacía aquel salón como el recinto de una hada.

Me sacaron de mi espasmo ligeros pasos en la antesala y el ruido de la vidriera al abrirse. Una mujer elegante entró. Era, si mal no recuerdo, de regular estatura; tez ligeramente sonrosada.

da, ojos negros, rasgados; boca perfectísima y de un mahn saleroso, cabellera espesa y de un negro profundo. Venía envuelta en una ancha y hermosa bata de casa color crema. Se dirigió sonriente hacia nosotros y saludó á mi amigo. Este hizo la presentación.

—El señor.....

—La señora Melba.

Y principió la charla.

Le hablé con entusiasmo. Le dije cómo la admiraba sin conocerla; que hasta mi tierra había llegado la fama de la Elsa inimitable.

El *maître d'hôtel* anunció que la señora estaba servida; mi amigo le dio el brazo y nos dirigimos al corredor donde nos esperaba un almuerzo exquisito y humeante. Devoramos los manjares, escanciamos en las bruñidas copas de cristal de Bohemia los ricos vinos de España y del Rhin que sirvieron de introductores al Emperador de los soñadores, al Príncipe rubio de Provensa, al real Champagne y á su ujier el *chartrousse* opulento. A la hora del champagne la gentil artista invitó al conde para que improvisara algo, y éste con voz apacible é inspiración fogosa, dijo versos preciosos que hoy me es imposible recordar. Yo casi no hablaba. La mirada traviesa y serena de la artista como que me había subyugado y obedecía al menor movimiento de aquellos luceros. Después vino el moka y con él, el final de aquel agape.

Nos retiramos y prometimos volver otro día, y ya en la calle, dentro del carruaje que la artista había hecho enganchar para que nos llevase á casa, recostado preso en el raso de aquellos almohadones que tantas veces aprisionaron su delicado cuerpo, le hablé calurosamente á mi amigo, en intimidad, de la gran artista. Así la amaba.

Y mi amigo se reía.....

El cielo estaba gris; una lluvia de azahares ideales caían pausadamente. Se colaba un airecillo picante y sabroso.

Cuando llegamos á mis habitaciones del hotel, en el *Boulevard Capucines* era casi la caída de la tarde y comencé á prepararme para ir á la Ópera á presenciar los nuevos y ruidosos triunfos de madame Melba en la Elsa ideal del Lohengrín.

ISMAEL G. FUENTES.

CON MOTIVO DE UN CONCURSO DE BELLEZA

Por qué no voto

Al Señor Director de "El Universal"

¿Por qué no voto en el Concurso de Belleza? Amigo mío, ya estoy de vuelta de ese hermoso país que da flores á millares para que nosotros los regulemos. Primero, los dulces; luego las flores; después, las mujeres, y por último los niños, á la tercera intensa que en esta frase hay: "Ya volvé"

La caída de mi tarde, este anochecer de mis deseos, no viene con espesas nublazones ni céardenos relámpagos. No, libreme Dios de ser arisco con la inspiradora de muchas acciones malas y de casi todas las acciones buenas! No podemos amar á los hombres, y como el amor es obligatorio, tenemos por fuerza que amar á las mujeres. El que habla mal de ellas es porque sólo ha conocido á una. Y no hablo de la madre porque ésta no es mujer; es madre nada más, y las madres, como los ángeles, no tienen sexo.

Esta misma afición mía á la mujer que habita en el Paraíso, me obliga, amable director, á no votar. Desde luego, no entiendo la pregunta: ¿cuál es la más bella?..... Pues sólo puedo responder con más preguntas: ¿La más bella cuándo, en dónde y á qué edad? Ya sé que hay una belleza uniformada, reglamentada, una belleza que sirve para hacer estatuas. A esa belleza la admiro, pero no la amo. La impasibilidad era, por ejemplo, la condición esencial de la belleza en la estatuaría griega. Creo que llamaban á esa impasibilidad, en estética y en moral, *ataraxia* ó *apatía*. falta de movimiento, falta de pasión. Y esa belleza inmóvil que puedo y debo admirar en las grandes esculturas, no me gusta en la mujer. Que no sea correcta su hermosura..... ¿para qué? La naturaleza hace improvisaciones deliciosas. Oh! ¿Y hay defectos sublimes en sus obras! La nariz irreprochable de Cleopatra es casi divina; pero ¿y la nariz de Mimí Pinson.....? ¿Qué bonito pecado!

Querer proclamar una belleza superior á todas y darle la dictadura, es antidemocrático. No recuerdo quién propuso para México la tiranía honrada. Pues bien, lo que Ud. quiere es la tiranía de una sola belleza. ¿Una.....? ¿Qué profanación! La belleza pertenece al género femenino y número plural!

Primero es, para nosotros, algo así como el humo que traza muchas curvas en el aire..... como el vaho formado por el aliento de todas las mujeres..... Es la neblina del amor en el amanecer de nuestras almas. Después viene un rayo de sol y el color reina en nuestros sueños amorosos como despota. ¿Cuál color? Un color que suele ser muy color de rosa ó muy blanco, ó muy moreno, pero que siempre es muy. Un color que no está en el prisma: el color de mujer. Entonces reposan nuestras miradas, como en blandos almohadones, en las figuras femeninas, rozagantes y frescas, de la pintura flamenca. La mujer se nos presenta en toda la plenitud de su desarrollo, como la púrpura intacta de su sangre, como Eva se presentó á Adán. Todo hombre que ama por primera vez es igual al primer hombre.

Pero en seguida, y al paso que nos vamos internando en la existencia, ¿cómo se va torciendo y complicando este concepto de la belleza! Llegamos á comprender y hasta á amar voluptuosamente la belleza del dolor! ¿Qué bien sabe besar una lágrima! Y la belleza de la alegría.....! Esa..... coger una risa con los labios ¿qué bueno es!

Hay quienes lleguen á preferir las hermosuras diáfanas, como si estas las recordaran algún ángel ausente. A otros subyuga la hermosura de la maldad. Y no hay manera de poder señalar la belleza única. Hasta alguna que ayer nos parecía fea puede mañana parecernos bella..... si ya hemos aprendido á traducirla.

¿No ha sentido usted jamás que la más bella entre todas las mujeres es una viejecita? ¿Y cómo se ha de dar un voto en el concurso de belleza á esa anciana de cabello blanco, tocas blancas y alma blanca?

La belleza es un color que tenemos en el alma y se tiñe de él lo que á ella entra. ¿Qué feas se nos ponen allá adentro muchas mujeres muy hermosas!

Hace poco repasaba yo la lista que está usted publicando. ¿A cuál de esas señoritas daría el premio? ¿Que problema tan arduo y tan inútil! Lo peor, lo más fastidioso, y lo que sirve de nuevos en la vida es escoger! Dios, según el Génesis, hizo una sola mujer, pero porque en esa sola mujer las hizo á todas. Lo que erró fue una fuerza; fue el eterno femenino. Pero Dios no hizo una sola flor, ni una sola estrella, ni una sola ave. Y no dijo al hombre: para tí la más bella será la margarita; la más hermosa, *Vesper*; la más esbelta, la oropéndola. Soltó el gusto de cada uno, como se deja libre á un niño en el jardín á la hora del asueto, y le dijo: corre! Haz lo que quieras!

Entiendo yo que este certamen del "Universal" es más bien un certamen de simpatías. No está á discusión, propiamente hablando, la belleza de las señoritas mejicanas. Esa no se discute, es un artículo de su constitución. Tampoco la que triunfe ejercerá el poder por un período fijo de años..... Pues ¿y las que vivan ocultas? ¿Y las que vengan con vestido alto para llegar más apocadas?

Se me hace de escoger realmente! ¡Mucho y..... Escoger..... ¿para qué? Escogemos entre aquellas á quienes vemos y tratamos, á una mujer, pero no decimos: Esta es la más hermosa—sino—ésta es la que yo quiero!

Miro la lista y siento tentaciones de poner mi nombre aquí..... y allá..... y en esa otra columna. Pero si al salir de casa, si al torcer la esquina, encuentro una mujer más bella que esas tres! No; yo no voto por la dictadura! Quiero el gobierno de la hermosura ejercido por todas las hermosas.

Me simpatiza, sin embargo, este concurso porque comprendo la idea de usted, oh director *galantísimo*! Quiso usted, ahora que llegue el invierno y son raras las flores, cubrir de rosas y gardenias á las que perfuman gardenias y rosas con su aliento. Se propone preparar la primavera del año entrante... y allá van flores á los labios frescos para pedirles un poquito de perfume.

Y á esos pájaros que se llaman poetas y que quieren cantar en jaula de oro, éste en especial, aquél, entre las campanillas del balcón..... allá, les abrió usted las hojas hospedadas de su diario, y allí están cantando las simpáticas y

los caribos á las hermosas, á las amadas y á las buenas.—¿Por qué votas por ella?—Por su sonrisa.—¿Y tú?—Por sus ojos.—¿Y tu, amigo?—Porque la amo.—¿Y usted?—Porque es muy buena!

¿Cómo pueden computarse estos votos heterogéneos? ¿Cuál es la más bella? Os lo dirá si me decís lo que suman una violeta, una alondra y una estrella.....

He aquí por qué no voto, amigo mío. Escoger es renunciar á todas menos á una. Ser fiel á ésta ó á aquélla es ser infiel á las demás. Eso se hace ó debe hacerse al casarse; pero no se hace más que una sola vez.

A mi juicio el concurso no tiene más que un defecto: el de que por fuerza ha de acabarse. Mientras veamos el nombre de todas ¡qué alegría para los ojos! Pero al quedar el de una sola ¡cuántas ausentes!

Por eso yo lo dejaría incompleto como esas melodías que acaban en la orquesta, continúan en el canto y siguen después sin terminarse nunca, en la memoria y en las almas de los que las oyeron.

¿Sabe usted lo que yo haría en lugar de usted? Pues decir á esas hermosas y buenas señoritas: Ustedes no han menester de flores..... ¡tienen tantas! Sus nombres figuran en todas las revistas de salón, circundados por guirnaldas de adjetivos galantes. Pero á la hora en que *El Universal* muy de mañana llega á las puertas de las casas ó palacios en que ustedes habitan; á la hora en que todavía esos ojos están alumbrando el mundo de los vivos, corren por esas calles, frías y con el tápalo raído, muchas que son también buenas, bonitas, pero que están á oscuras porque son muy pobres. Van á misa, van á su trabajo, van talvez á empeñar el último vestido bueno de la pobre mamá. Esas no tienen flores..... ¡no les damos éstas!

Y como todas son muy buenas, las darían. Así no habría una reina, no habría celos, no habría envidias: las hermosas canéforas llevarían sus rosas y jazmines al ara de la *ignota dea*, de la hermosa desconocida.

M. GUTIERREZ Nájera.

Saurinomo

Cóncavos rosadas flechas
De aljabas de oro
Vuelan de los bambúes
Finos flamencos
Poblando de graznidos
El bosque mudo,
Rompiendo de la atmósfera
Los niveos velos

El disco naranjado
Del sol poniente
Que enbre tras la copa

De arbusto seco,
Finge un nimbo de oro
Que se levanta
Del cráneo amarfilado
De un bonzo muerto.

Y las ramas erguidas
De los juncuales
Cabecean al borde
De los riachuelos,
Como al soplo del aura
Sobre la playa
Los mástiles sin velas
De buques viejos.

JULIAN DEL CASAL.

La pesca maravillosa

Gilles estaba de pesca. ¿Qué pescaba? ¿Pé-
ticas! Cá, nó! pescaba planetas, y su gato, blan-
co como la nieve, le acompañaba.

Gillette había prometido á Gilles un beso en
sus labios color de guinda, si Gilles le llevaba una
canasta llena de planetas.

Al principio Gilles quería tirar el anzuelo al
firmamento y de allí bajar los astros, pero la cuer-
da no alcanzaba al cielo, y no tuvo más remedio
sino ir á un arroyo cercano y pescar los planetas
que en el agua se reflejaban.

A poco, algo tira del anzuelo—era Venus lo
que sacaba, desprendiéndolo con mucho cuidado, y co-
locándolo en la canasta, volvió á probar fortuna.
Marte, Neptuno, Mercurio, Júpiter, todos fueron
pescados. Ya era tiempo de ir á recibir el pre-
mio ofrecido, y con la canasta debajo del brazo y
acompañado de su gato, blanco como la nieve, se
dirigió á casa de Gillette.

—¿Que me has traído? preguntó Gillette.

—La reflexión de los astros que me pediste.

—Está bien. Te pedí los astros, pero no su
reflejo; puedes besar, si deseas, el reflejo de mis
labios en aquel espejo que está allá.

Gilles, por supuesto, estaba chasqueado, pe-
ro como más vale algo que nada, iba ya á besar
los frescos y rosados labios que en el espejo se
reflejaban, cuando Gillette, que había abierto la
canasta de mimbres, exclamó:

—Pero si la canasta está vacía! Y desdenosa-
mente vuelve la espalda á Gilles.

¿Qué se había hecho el reflejo de los planetas
pescados en el arroyo?

Imagínalos—mientras Gilles y Gillette habla-
ban, el gato, blanco como la nieve, había devora-
do el reflejo de los planetas pescados en el arroyo.

CATULLE MÉNDEZ



Lulù

(Envuelta en la pavorosa blancura de su tú-
nica de raso, está Lulù perezosamente reclinada
en un diván: hace una hora, un minuto, un segun-
do... ella no sabe el tiempo que ha transcurrido;
su existencia se precipita ó se condensa en una
idea; la vaguedad de sus pupilas denuncia el pen-
samiento acariciado siempre á través de los días;
el temblor de los labios acusa un solo monólogo,
cuyas ondulaciones bajan lentamente hasta expi-
rar en la espumosa y abierta gargantilla de su
traje...)

Es una exageración de ese poeta—piensa Lu-
lù pasándose la mano por la frente, como si qui-
siera ahuyentar aquella idea.—Me dijo que tenía
todos los florecimientos y las plenitudes de la her-
mosura inefable, propias para ser viroteadas por
el ritmo... que soy bella con la belleza de las
virgenes de Ossian.

¿Qué exageración! esos poetas de imaginacio-
nes inflamables, de cualquier cosa hacen una lira!
No se les debe creer nada... Sin embargo, más de
una vez he consultado detenidamente con mi espe-
jo, y la verdad, creo que soy así como él dice:
una mujer con todas las ondulaciones artísticas,
de la belleza suprema; los ojos negros, grandes,
aterciopelados; el haz de pelo arrogante como el
de las diosas; la garganta con redondeces fugiti-
vas; si hubiera hablado de mi seno, diría que es-
taba dotado para el amor eterno, como las cade-
ras, armoniosas, firmes y robustas... ¿Que loca
soy! ¿Pues no estoy creyendo todo lo que me ha
dicho en el baile, ese Byron furioso!...

Hasta hoy sólo he tropezado con hambres se-
rios, amigos de mi padre. Esas conversaciones
han sido impropias de una niña, pues en ellas se
profesa el culto á la austeridad, el deber, política,
la religión, los trabajos, la economía, las prác-
ticas piadosas y hasta la sección de Ciencias mo-
rales; esto ha continuado mi salón, es decir, mis
relaciones. De mis tertulias de colegio sólo re-
cuerdo vagamente aquellas charlas, gorjeos sobre
amores novelescos, que comenzábamos entre risas
de cristal y se finalizaban con un suspiro de prema-
tura ansiedad. Ahora no me conmovieran los
amores novelescos. Mi temperamento es impa-
sible como mi hermosura; me divierten, pero no me
preocupan los héroes románticos...

No obstante, siento alguna desazón con las de-
claraciones delirantes de ese poeta nacido bajo el
sol de los trópicos; ¡me escribo algunas cosas tan
bonitas! Me hallo, á veces envuelta en sus fra-
ses como en una ola de caricias; es una pasión
violenta llevada á la idolatría que inspira miedo,
y yo confieso que no sirvo para estos ímpetus.

He ido á ese baile sin impaciencia, como se
va á un espectáculo, donde se ve y se oye siempre
lo mismo. A propósito, ¿no sería ese baile una
emboscada? Aquel señor cincuentón que me col-
mó de sonrisas y me invitó, con su voz de tipe-

trasmochada, al primer rigodón, será el hombre que me eligen para marido?... Por qué extrañarlo?

Yo he leído, no recuerdo en qué libro, que el matrimonio es una razón social como otra cualquiera; pero, Dios mío, ¡es tan cursi "ese señor!"...

Nunca se le ha ocurrido, como al poeta, compararme á las vírgenes de Ossian.

II

En la alcoba se respira un tranquilo calor de matrimonio, el último de una luna de miel sin voluptuosidades, sin rumores de caricias, sin ruido de ósculos ardientes.

Con la cabeza caída sobre el espaldar del sillón, Lulú piensa nuevamente á voces:

Por fin, me he casado con ese "señor"... No sé si siento amor ó desprecio por mi marido: es un hombre que come con el euchillo y repite el plato; gasta abrigo de cuadros en invierno y gabán claro, tirando á verde, en primavera.

Creo que quisiera verme detestablemente vestida de amarillo como sus gustos. Es bueno, sí; de pasta flora; siempre con su voz de tiple, y con un ojo cuyas pestañas son blancas: esto me hace muy mal efecto; á todo me he acostumbrado lentamente, menos al ojo de las pestañas blancas.

Hace magníficos negocios; juega al tresillo en casa y me da el tratamiento de "hija" porque es algo así como un padre para mí. Verdad es que yo lo quisiera menos padre y más amante: un amante desaforado como aquel poeta; aquél si era un irrefrenable, á ratos melancólico ó lleno de éxtasis, como un niño de quince años; tenía la seducción de lo imprevisto y era verdaderamente conmovedor con sus cartas á cuatro caras; pero con él me defendí.

El pobre muchacho, entabló la lucha con una decisión digna de mejor suerte: siempre era vaga en mis contestaciones y me divertía en citarlo para alguna iglesia, donde él se pasaba las horas muertas esperándome sin resultado; otras veces le hacía ir y venir por el frente de mis balcones, mientras yo gozaba viendo á través de las cortinas sus impaciencias. Se detenía, andaba de prisa, regresaba, abría los ojos desmesuradamente escudriñando, hasta que se enfurecía de contrariado y se iba atropellando transeuntes.

¡Qué naturaleza la de ese chico!

La fría indiferencia que le mostré, las vacilaciones afectadas, las respuestas de sus cartas, hechas en pedacitos de papel como limosnas de esperanza, todo eso me valió el triunfo de aquella comedia con sus ribetes de drama. Cuando me amenazó con marcharse á París, llevando á cuevas la montaña de mis injusticias, como él decía, no le quise creer y cambié de plan de batalla... pero cumplió su amenaza; se fue en medio de un arranque de ternura y una explosión de lirismo impetuoso....

III

Hay momentos en que creo que la felicidad no es precisamente esto... que la vida no debe pasarse sin el amor, y que el amor no es sólo hijo de las imaginaciones novelescas.

¡Habré nacido yo para amar mucho, para que me amen con toda el alma!... Ahora, no sé; me da buena gana pagaría con un pedazo de mi corazón un instante de cariño....

(Y Lulú se levantó bruscamente y abrió el balcón: á lo lejos se hundía el postrer rayo de sol de una primavera enferma; un silencio prolongado se extendía por sobre los árboles del parque, y el cielo apareció diáfano como un inmenso lago de resplandores. Lulú emocionada, sobrecogida por algo inexplicable, sintió que los ojos se le humedecían, y presa de un estremecimiento involuntario, añadió en voz muy baja, como para no turbar aquel solemne silencio de crepúsculo.)

¡Dios mío, qué se habrá hecho aquel poeta que me comparaba con las vírgenes de Ossian!

MIGUEL EDUARDO PARDO

El Enfermo

Dudando de su afecto y de mi dicha
Ante aquella que causa mis desvelos,
Reía del amor de las mujeres
Y proclamaba la constancia un sueño.

Entonces ella colocó la mano,
Mostrar lo el corazón, sobre su pecho:
—"Que no te oiga, me dijo con ternura,
Habla más pasado porque aquí hay enfermo!"

ADOLFO LEÓN GÓMEZ

"La Democracia,"

en uno de sus últimos números, reproduce de *El Boletín Mensual* de Nueva York un suelto extractado de un artículo publicado en *El Diario de Caracas* por Julio M. Alvarez, y en el cual artículo se nos trata de plagiaros. Sólo que "La Democracia" no dijo (por olvido, no por mala fe) que dicho cargo fue desvanecido por nosotros con pruebas irrefutables hace más de un mes, desde las columnas de *La Lucha* y de *El Correo del Comercio* de esta ciudad, y que *El Pensamiento* de Tegucigalpa y otros periódicos han reproducido nuestra defensa con comentarios que nos honran. Apelamos á la caballerosidad de los Redactores de *La Democracia* y de *El Boletín Mensual* para que se sirvan rectificar sobre este asunto.

ANTONIO SOLÓRZANO

Imprenta Nacional